

La danza como experiencia

Isa Lugo

Leer al filósofo estadounidense John Dewey a partir de mi experiencia, vivida en el ámbito de la danza durante más de 30 años, me ha permitido reconocer, en la profundidad de sus hallazgos, varios puntos coincidentes con la práctica cotidiana del quehacer dancístico.

La danza es una experiencia; la experiencia produce un conocimiento; aunque a veces no lo sepamos descifrar, es innegable que allí existe. Habrá conocimiento, pero no aprendizaje, y si no hay aprendizaje, no habrá conciencia del conocimiento.

Esta falta de conciencia de lo que se sabe, que permite identificar lo que se sabe, puede detener el proceso de crecimiento. La reflexión de la práctica hará sin duda una mejor práctica. La danza no debería ser mecánica, aunque a veces intencionalmente lo sea, pues de ser siempre así, se perdería la calidad de la misma. La continuidad de una experiencia significativa aporta cada vez nuevos elementos enriqueciendo el proceso, el tránsito a veces, haciendo del mismo viaje el fin en sí mismo.

En este sentido, esta idea de Dewey del aquí y del ahora nos ubica en el meollo del suceso escénico. Los ensayos, repeticiones o representaciones pueden convertirse en un hecho mecanizado si no se le otorga a este hábito la suma de nuevos entendimientos, si no se habitan nuevas captaciones.

Será necesario hacer del hallazgo un hábito, y del hábito una experiencia significativa, y de ésta una reflexión profunda que redunde en un aprendizaje eficiente, que sin pretender ser fórmula, replantee nuevos procedimientos de nuestro trabajo creativo y teórico. Que al ser el arte una puerta al misterio de lo absoluto, la reflexión permita saber por qué algunas llaves la abren y otras no. ¿Dónde, pues, está el aprendizaje? ¿Cómo hacer del descubrimiento un aprendizaje?

